

cuerda pasada por el gancho puesto para sostener los aparatos de luz. Tenía la lengua horriblemente sacada. La zapatilla derecha se le había caído; la izquierda se mantenía calzando el pie. Tumbada en el suelo, veíase una silla que sin duda le sirvió para realizar su propósito.

Aturdida la vieja, huyó chillando. Todos los vecinos acudieron. El médico certificó que Lemonnier se había suicidado á media noche.

Sobre la mesa del ahorcado encontraron un sobre dirigido al señor Duretour. Dentro del sobre, un papel con estas lacónicas palabras:

«Dejo á su cuidado la criatura..»



LA ROCA DE LAS CERCETAS

LEGÓ el tiempo de las cercetas. Desde Abril á fines de Mayo, antes de que los bañistas parisienses acudan, suelen aparecer con frecuencia en la pequeña playa de Etretat algunos respetables caballeros, ya maduros, con sus botas altas y su traje de cazador.

Hospédanse tres ó cuatro días en el hotel Hauville, luego se van, al cabo de tres semanas vuelven, y después de otra corta estancia en el hotel, se marchan definitivamente.

Hasta la primavera próxima.

Son los últimos cazadores de cercetas; los restos de aquel grupo, formado treinta y tantos años atrás por veinte cazadores empedernidos. Quedan sólo algunos, viejos todos, pero tan entusiastas por su afición como en los mejores días de su juventud.

La cerceta es una de las aves emigradoras menos abundante y de costumbres más raras. Habita casi todo el año en las costas de Terranova, de las islas de San Pedro y Miquelón; pero todos los años, en la época del celo, una bandada emigrante atra-



viesa el Océano, y precisa, indefectiblemente, hace sus nidos en el mismo lugar, en una roca no lejos de Etretat, que por esta circunstancia recibió el nombre de «Roca de las Cercetas».

De aquella especie sólo las hay allí. Fueron siempre, las han cazado siempre, y aún continúan yendo; es probable que ya no pierdan esa costumbre. En cuanto las crías han aprendido á volar, hacen su

viaje de regreso; desaparecen hasta el año siguiente.

¿Por qué no se han detenido nunca en otro punto? ¿Por qué no eligen otro lugar de la extensa costa blanca, que no varía, que no se diferencia, que no cambia de aspecto ni de condiciones desde el paso de Calé hasta el Havre? ¿Qué fuerza oculta, qué instinto invencible, qué hábito secular impulsan á esas aves, haciéndolas volver constante, invariablemente al mismo punto? ¿Cuál fué la emigración primera? ¿Tal vez una tempestad arrolló en tiempos lejanos á los ascendientes de aquellas aves, dejándolos caer, al fin de un tormentoso viaje, sobre aquella roca? ¿Y por qué los hijos, los nietos y todas las generaciones sucesivas han vuelto allí con imperturbable constancia?

No es muy grande la bandada emigradora: de un ciento á lo sumo, como si una sola familia conservase aquella tradicional costumbre, haciendo anualmente su peregrinación.

Y cada primavera, desde que la pequeña tribu se reinstala en su roca, los mismos cazadores reaparecen también en el pueblo. Allí los han conocido jóvenes en otro tiempo; ya son viejos al presente, pero, arrastrados por su invencible afición, siempre acuden todos, puntuales, á la cita que se

dieron por vez primera treinta y tantos años atrás.

Ningún motivo había de parecerles bastante grave para excusarles de acudir.

*
* *

En una noche de Abril, hace dos años, acababan de llegar tres veteranos cazadores de cercetas; faltaba uno: el señor de Arnelles.

No había escrito á los demás; nadie tuvo noticias de su existencia en todo el año. Sin embargo, era seguro que no había muerto, como tantos otros, porque se hubiera sabido. Al fin, cansados ya de aguardarle, sus tres compañeros decidieron ponerse á cenar; y cuando llegaban á los postres, óyese rodar un coche por el patio de la posada. Y á los pocos momentos el rezagado entró.

Sentóse á la mesa, decidido y satisfecho, frotándose las manos, comió con mucho apetito, y como uno de sus camaradas hiciera notar la extrañeza que le producía verle de levita en aquella ocasión, él respondió con mucha tranquilidad:

—No he tenido tiempo ni para mudarme de ropa.

Se acostaron inmediatamente, porque necesitaban levantarse muy temprano, siendo preciso para

sorprender á las cercetas buscarlas antes de que amaneciese.

Nada tan agradable, tan hermoso como aquella caza, como aquel paseo matinal.

A las tres de la madrugada los marineros despiertan á los cazadores, tirando á los cristales de las ventanas puñados de arena. En pocos minutos hállanse vestidos, equipados y á punto de salir. Se reúnen todos en el zaguán y se abre la puerta. No amanece aún, pero las estrellas comienzan á palidecer; el mar, con su oleaje silencioso, remueve y hace rechinar las guijas. El aire, penetrante y frío, estremece la piel, á pesar de los gruesos abrigos.

Pronto las dos lanchas, empujadas por los marineros, descendieron rápidas por la pendiente de guijarros, haciendo un ruido semejante al de una tela que se rasga; luego se mecieron casi á flote ya, sintiendo la caricia de las primeras olas. Encarámase por el palo, á tirones, la vela parda; se hincha un poco, palpita, desfallece, y volviendo á hincharse de nuevo, atirantándose, redonda como un vientre, conduce los cascarones embreados hacia la salida, que se vislumbra confusamente, á lo lejos, entre sombras.

El cielo se aclara; la obscuridad se diluye poco á poco en los primeros resplandores de luz, pero aún

la niebla cubre la costa, la interminable costa blanquecina, escarpada como una fortaleza.

Salen al otro lado de la Puerta-Manne, bóveda enorme por donde pasaría un bergantín; doblan la punta de la Courtine, descubren el valle de Antifer y el cabo del mismo nombre. De pronto, se aparece á su vista una playa donde se posan millares de gaviotas. Y llegan á la Roca de las Cercetas.

No es más que una saliente, una giba de la costa; y, sobre la estrecha cornisa del promontorio, asoman las cabezas de las aves mirando á los invasores que se aproximan.

Allí están, quietas, inmóviles, no atreviéndose á emigrar todavía, porque no es tiempo aún de abandonar sus nidos. Algunas, plantadas en los bordes más salientes, aparecen como si estuvieran sentadas, semejantes á botellas; tienen tan cortas las patas que, al andar, parece que se deslizan sobre su asiento como esos juguetes con ruedas; y para echarse á volar, no pudiendo erguirse y tomar aire con las alas, necesitan dejarse caer, precipitarse como piedras, llegando en su descenso á poca distancia de los hombres que las acechan.

Conociendo su deformidad y el peligro en que las pone, no se deciden fácilmente á huir como lo harían si se sintieran ágiles.

Pero los marineros principian á dar voces, golpeando la borda con un palo, y las aves, temerosas, aturdidas y espantadas, lánzase al vacío, cayendo una tras otra, precipitándose, casi hasta la superficie del agua; y en cuanto logran apoyar en el aire sus alas extendidas, agitándolas velozmente huyen, se alejan y cruzan el espacio hasta desaparecer, si una lluvia de perdigones, alcanzándolas, no las corta los vuelos.

Durante una hora no cesan los disparos, obligándolas á precipitarse, á volar con intentos de huir, unas tras otras. Hay hembras que, acurrucadas en sus nidos, permanecen quietas incubando sus huevos, á pesar del bullicio y del espanto que las rodean, y reciben allí los proyectiles que las hieren salpicando la roca blanquecina con puntos rojos, con sangre ofrecida en holocausto del amor maternal.

* * *

El primer día, cazaba el señor de Arnelles con su entusiasmo de costumbre; pero al retirarse, á las diez de la mañana, bajo un sol espléndido que derramaba su radiante luz sobre las dentelladas peñas de la costa, mostróse algo preocupado, distrayéndose

á veces, como si un pensamiento le absorbiera, contra su costumbre.

En cuanto llegamos á la playa, una especie de lacayo enlutado acercóse á él y le habló en voz baja.

El señor de Arnelles pareció preocuparse, reflexionar; y al cabo dijo:

—No. Mañana.

Y antes de amanecer el nuevo día, volvieron á la roca. El señor de Arnelles, tuvo escasa fortuna ó escaso acierto, escapándosele hasta las piezas que llegaron á la misma boca de su escopeta.

Sus amigos le dieron broma, riéndose y preguntándole si estaba enamorado, si alguna íntima turbación le obsesionaba y estremecía su pulso al disparar.

Al cabo, dijo:

—Sí; no puedo continuar cazando. He de irme hoy mismo, sin remedio, y esta idea es lo que me turba y me contraría.

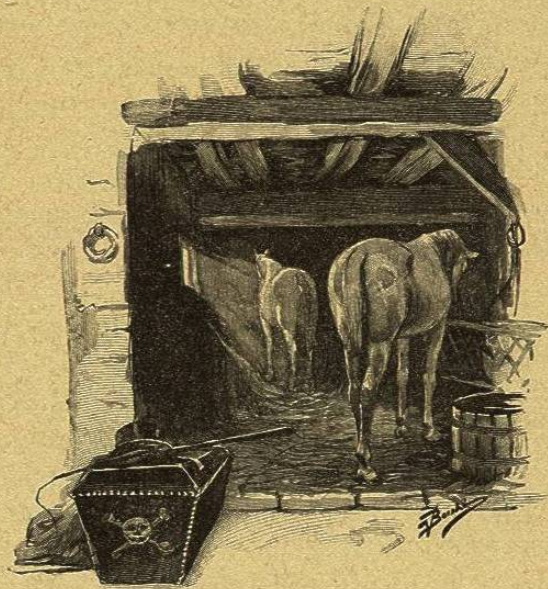
—¡Cómo! ¿Se va usted? ¿Interrumpe la caza? ¿Es posible?

—¡Oh! Tengo un motivo muy poderoso; un asunto que reclama en otro sitio mi presencia; un asunto inaplazable, urgente. No puedo permanecer aquí ni un día más.

La conversación tomó rumbos diferentes.

Después de almorzar, presentóse de nuevo aquella especie de lacayo enlutado. El señor de Arnelles le ordenó que enganchase.

Y el cazador se disponía resueltamente á levantarse y á irse, cuando sus tres camaradas le rodea-



ron, insistieron, rogándole y solicitándole para retenerlo en su compañía.

Uno, al cabo, le objetó:

—Pero, vamos á cuentas: No será tan grave ni tan urgente un asunto que ha podido aplazarse dos días.

El señor de Arnelles, preocupado, perplejo, visiblemente combatido entre dos influencias poderosas que le solicitaban, su gusto y su obligación, reflexionaba pesaroso.

Después de un largo silencio, resolvióse á tartamudear:

—El caso es... el caso es... que... que no vine solo... solo... Traje á mi yerno.

Los demás lanzaron exclamaciones de sorpresa y curiosas preguntas.

—¡Cómo! ¿A su yerno? Pero, ¿dónde está?

Entonces, el señor de Arnelles, confundido, anonadado, se avergonzó.

—Es verdad... No lo dije... Mi yerno está en la cochera... Traigo... su cadáver.

Reinó un silencio profundo. La sorpresa, el horror dominaban y hacían enmudecer al auditorio.

El señor de Arnelles prosiguió, cada vez más turbado:

—He tenido la desgracia de que se muera; y como yo conducía su cadáver á Beauville, para enterrarlo en la tumba de mi familia, dí un pequeño rodeo por no faltar este año á la inauguración de nuestra

cacería. Pero, ya comprenderán ustedes que no es posible retrasar tanto el viaje...

Uno de los cazadores, el más osado, atrevióse á decir:

—Sí, sí; es verdad... Pero... estando muerto... Me parece que bien puede aguardar otro día.

Los otros dos apoyaron esta oportuna reflexión.

—Es indudable. ¡Indudable! ¡De todo punto indudable!

Y el señor de Arnelles pareció librarse con aquellas palabras tranquilizadoras de una enorme inquietud. Ya casi repuesto, casi convencido, preguntó:

—Francamente... ¿Ustedes consideran...?

A una sola voz, como si una sola voluntad los moviese, como si un solo pensamiento los aconsejara, los tres respondieron:

—¡Amigo! Dos días más... en su estado... ¿qué le importan al difunto?

Entonces, ya completamente sosegado, el señor de Arnelles, encarándose con aquella especie de lacayo fúnebre que le acompañaba, le dijo:

—¡Está bien! Pasado mañana, seguramente, proseguiremos el viaje.

